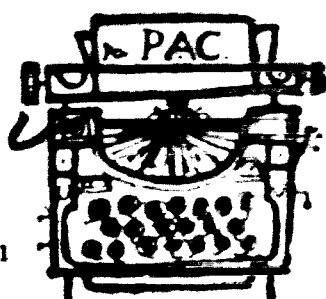


escrito a máquina

LA CIUDAD



LA CIUDAD (escrito a máquina) 1
 —a propósito de la nueva sección sobre
 "ARQUITECTURA Y URBANISMO"
 abierta en "La Prensa Literaria"—

Managua, en su etapa prehispánica, fue un cacerío lineal de ranchos posados como una bandada de aves acuáticas a la orilla del lago. Era la fila de casas más larga de la Nicaragua india: llegaba hasta Tipitapa. Quizás las callecitas costeras del Barrio de Pescadores— aunque agobiadas ahora por el amontonamiento típico de la barriada moderna y envilecidas por el desagüe de las cloacas— conserven el último retazo de paisaje del primitivo pueblo pescador y agrícola. Era una ciudad sin diálogo, un pueblo en fila, con sentido doméstico pero no ciudadano. Una población en fila es fácil de convertirse en ejército, pero no en democracia. Está estructurada para recibir órdenes, no para discutirlos.

Luego viene la segunda etapa: la hispana. Pero la Managua colonial se estructura con el sentido clásico heredado por España que reúne la población en asamblea alrededor de un centro cívico-religioso y que convoca a la población a la plaza, al atrio parroquial, al cabildo, donde se conversa y discute. Comienzan a fundirse la ciudad callada (indígena) y la ciudad locuaz (española); la vida doméstica comienza a transformarse en vida civil. El dotar a la ciudad de un centro cívico dialogante es lo que hace posible la "política" (política viene de "polis": ciudad). Allí se siembra su primera semilla. Todavía hoy, la tertulia popular en las bancas del Parque Central y la tertulia de los llamados señores en el Club Social es como un subconsciente retorno o aproximación a la vieja plaza dialogante: donde estuvo el mercado y donde nació el sentido "político" de la villa.

Pero Managua era sólo un pueblo menor. Si las dos únicas verdaderas ciudades de Nicaragua —León y Granada— apenas tenían desarrollada la conciencia ciudadana y política ¿qué podemos decir de nuestra humilde villa sardinera, famosa por sus apodos —que desmotaba su algodón aporreándolo sobre camas de cuero en sus solares— sumida en el más cerrado provincialismo?

Pues bien, es ese pueblón el que un día de tantos resulta designado Capital de la República y es con ese espíritu que asimila el poder supremo, casi como una ampliación municipal de su vida provinciana. ¡Oh tiempos aquéllos! Por allí anda todo un acuerdo gubernativo obligando a los vecinos a desmontar las riberas del lago. El presidente era una especie de gran alcalde. Así también, el primitivo "Palacio" Nacional —una casa con corredores— y luego la Casa Presidencial que se integraron al vecindario y al cabildo confianzado de pequeña ciudad de familias.

Fue hasta que entró en la escena política un dictador (Zelaya) que se construyó en la ciudad un "Campo de Marte".

Luego, el liberalismo, trasladó a la Loma la Casa Presidencial. ¿Fue un acto urbanista consciente? —Fue indudablemente un acto urbanista de mentalidad dictatorial: el poder se escapaba del "ayuntamiento" cívico y del diálogo para colocarse arriba en posición absolutista.

Luego vino el terremoto.

Desgraciadamente, el terremoto, que destruye la ciudad, no destruye nuestro espíritu provinciano sino que lo agrava. La terrible pérdida, en

vez de liberarnos del pasado nos aferra a sus ruinas y en vez de planificar el futuro nos apegamos al cadáver de la ciudad reedificándola con mentalidad villana. La historia de la NUEVA Managua ha consistido —aún hoy día— en esta lucha entre la mezquindad sórdida de dimensión provinciana y el impulso de crecimiento capitalino de dimensiones nacionales. De la vieja Managua se perdió o se dispersó el sentido vecinal (el espíritu de familia que fue característico de nuestras ciudades hispanoamericanas), pero ese espíritu, que era de ámbito pequeño aunque valioso humanamente, fue repuesto por el espíritu usurero de los traficantes de solares, más pequeño aún y nada humano. Sobre lo familiar creció también lo burocrático y sobre el concepto de autoridad un poco municipal y dialogante se creció la Loma que —hermanada al Campo de Marte— desarrolló un poder excesivo cada vez menos cívico.

Estas líneas de fuerza fueron las que estructuraron urbanísticamente Managua y sobre esas líneas se produjo su gran crecimiento paleostécnico. La ciudad se expande sin planificar ni considerar sus aspectos espirituales, sociales o culturales: la ciudad es solamente una máquina de producción y de comercio y con ese criterio surgen edificios y barrios, zonas de preferencia y zonas marginadas. No hay parques, no surge ninguna forma urbana que favorezca la tertulia, la alegría, el sentido de lo bello, la expansión del espíritu, el sentido del "ágora" tan esencial para el civismo y la democracia.

Hasta ahora comienza a preocupar a algunos el problema "CIUDAD" como cuestión fundamental para la vida y el desarrollo del nicaragüense.

Es difícil ordenar nuestro caos. Sin embargo, como en otro artículo decía, hay un subconsciente histórico que, en la formación de Managua, ha marcado ciertas líneas y dejado ciertas reservas que pueden ser mañana— si se aprovechan— la salvación (por la belleza) y la humanización de nuestra capital. Por ejemplo, gracias al Poder —que es una enfermedad— y a su crecimiento canceroso, quedan todavía la Loma y el Campo de Marte como posibles lugares para darle a Managua la más bella zona verde y centro de ornato de Centroamérica. Somos la única capital de América con un lago de margen y con una laguna interna. ¿Qué no puede hacerse, urbanísticamente, con el paisaje de Tiscapa convertido en un parque y centro de comunión cívica de la ciudad? Otro ejemplo: gracias a nuestra desidia —que es otra enfermedad— queda toda la costa del lago para malecón, parque y perfil de la futura Managua.

Son opciones que aún quedan —dentro de la anarquía apiñada y egoísta de nuestro crecimiento— para enderezar la belleza de la ciudad, para iniciar la batalla contra el mal gusto y contra la usura solariega, contra la deshumanización de la idea de ciudad. Esos trazos de la futura urbe, servirán para llevar de la mano los trazos de los diversos barrios, para sembrar en cada uno de ellos un sentido humano y un orden que nos recupere el amor y la alegría de vivir en comunidad.

PABLO ANTONIO CUADRA